

Premio Prosa – 2013. Alberto Ramos Díaz (Madrid).

“La Morala”.

Aunque el funeral por la muerte de don Bruno no empezaba hasta las siete, a las cinco no quedaba un asiento vacío en la iglesia. Un bisbiseo jaculatorio culebreaba entre los bancos anunciando que el oficio iba a dar mucho qué hablar y que en nada se iba a parecer al entierro de la semana pasada. Al entierro, siete días antes, habían asistido menos almas que dedos se cuentan en una mano. A saber: don Bruno, que para ello era el finado; el cura, que había ido por obligación; y el sepulturero, que lo levaba en el oficio y encima le pagaban. También había ido Adela, la viuda, donde la pobre de tanto llorar y por pena casi se entierra con el muerto. Si no hubo más acompañamiento fue porque Mercedes Morales, la Morala, llevaba tres días de pueblo en pueblo con su espectáculo de *Varietés Internacionales* y no había forma de avisarla para que regresara a tiempo. Sin la Morala en el cortejo no había merecido la pena ir al cementerio. Mejor esperarse al funeral.

Nadie pensó que un catarro mal curado, que dejó de ser catarro para ser bronquitis y que después pasó a neumonía, ganara la partida a don Bruno. Era tan mala la sangre de aquel hombre que se daba por descontado que moriría de viejo y no de infección. De ahí que cuando el veneno de la enfermedad pudo con el veneno de don Bruno se tardó en dar crédito a la noticia. Pero esa era la verdad, don Bruno se había ido entre toses y flemas, y se había ido de este mundo un martes de lluvia y frío, como si en la última inquina quisiera que todos salieran a la calle el peor día de invierno. Porque don Bruno sabía que lo iba a sacar de sus casa, no por acompañar a la viuda en el duelo, sino porque tenían que asegurarse de que estaba muerto y bien muerto antes de decir en voz alta lo que pensaban de él.

De don Bruno no se contaba anda bueno. Había sido rico y prestamista. Necio y bronco. Desconfiado y vengativo. Su nombre levantaba recelo con solo pronunciarlo. Le gustaba hacer daño sin necesidad y decidir qué familia pasaba hambre y que familia no. Don Bruno había sido el hombre al que todos despreciaron. Todos, excepto Adela, su mujer. Todos, excepto, la Morala, su amante.

No resultaba fácil comprender cómo esas mujeres, tan distintas entre sí, lo querían con semejante locura. Ni porqué las dos, a las que nunca se vio juntas, amaban a un hombre al que todos tenían malquerencia. A Adela la había hecho suya ante los ojos de Dios, cuando cumplió veinte años. A la Morala, una artista que aparcó el carromato en la plaza en un bolo por San Estaban, ante los ojos del pueblo veinte años después. Adela aceptó, sin decir nada, que su marido tuviera una amante, y la Morala aceptó, consciente del sitio que le correspondía, la condición de segunda. Era como si ambas justificaran que

el cariño que don Bruno les daba era tanto que en vez de tenerlo dividido se lo multiplicara para que cada una de ellas se sintiera la más querida.

Cuando la Morala se instaló en un caserón de las afueras del pueblo, donde ella y sus chicas descansaban entre feria y feria, Adela tampoco dijo nada. Vivieron durante años sin encontrarse, sin saberla una de la otra y esquivándose si coincidían en la calle. Adela era menuda, resumida en gestos y cuerpo. La Morala era hermosa, derrochada en formas y carnes. Adela era discreta. La Morala importante. Adela pasaba las tardes guardando la casa. La Morala ensayando cuplés.

Habría sido difícil encontrar dos mujeres más distintas, si acaso iguales porque sus ojos tenían un color gris que al mirar relamían tristezas y porque las dos amaban a dos Bruno. Porque lo amaban, de eso no había duda. Las dos habían encontrado en él palabras dulces y caricias escogidas, aunque cada una en su casa y cada una en su hora. En el mismo pueblo pero siempre lejos la una de la otra.

Por eso esta tarde, a punto de comenzar las exequias, el bisbiseo entre bancos anunciaba que el funeral iba a dar mucho que hablar. Que una cosa era que Adela hubiera ido sola al cementerio y otra muy distinta que en el funeral tuviera que enfrentarse a la Morala. Y es que la Morala había vuelto, había suspendido las *Varietés Internacionales* y había regresado con urgencia a llorar sobre la tumba de su amado, dónde pidió perdón por no haber estado en el entierro y dónde juró que iría al funeral porque ese era su sitio, aunque a alguna no le gustase. En la boca de la Morala el juramento sonaba a una guerra que nadie se quería perder. Muerto don Bruno, y pasado el primer miedo de que se volviera de las puertas del infierno, no había mayor venganza para quienes tanto le odiaron que ver en una misa a sus dos mujeres disputarse la viudedad. Adela y la Morala estarían por fin juntas. Y en la iglesia. Con un poco de suerte, y a poco que se agarraran, darían el mejor de los espectáculos.

Antes del funeral se subastaron y se vendieron los asientos, incluso se cruzaron apuestas. Los envites iban de odre de vino a gallinas ponedoras y de sacos de patatas a mulas de paso. Aunque ganaban los partidarios de que la Morala se presentaría en la iglesia acompañada de sus chicas y que se sentaría en un banco de la primera fila, de cerca iban los que habían apostado que se atrevería a ocupar el reclinatorio reservado para la viuda. De lejos iban los que se la jugaban a que se pondría el traje negro de pedrería con el que había cantado los cuplés que enamoraron a don Bruno.

El cura no participaba en los juegos, aunque no por ganas sino por respeto al hábito que llevaba y porque en la sacristía se estaba despachando con tres Salves a la Virgen de los Desamparados pidiéndole que fuera un funeral tranquilo. No quería echa a nadie a la calle si se formaba bronca entre la Adela y la Morala, y tal como estaba el pueblo podía pasar cualquier cosa. La virgen tenía que hacerle caso. En su Divino Conocimiento sabía

que si oficiaba el acto religioso era porque su condición de cura y por cumplir con la caridad cristiana, porque de no aunarse ambas circunstancias se hubiera negado a dar la misa. El cura rezó un paternóster de regalo, miró el reloj y levantó las cejas avisando al monaguillo para que diera el toque de difuntos.

En la primera campanada los bisbiseos cesaron de inmediato pero enseguida regresaron anunciando que la Morala entraba en la iglesia. Para sorpresa de todos venía sola, sin sus chicas de las *Varietés Internacionales*, y venía vestida con una falda y blusa negra que no llamaban la atención. Aún siendo discreta su entrada resultó espléndida porque el toque de difunto la acompañó como si se tratara de en una coreografía ensayada. Por culpa del atuendo, sin traje de pedrería con el que había cantado los cuplés que enamoraron a don Bruno, dos gallinas cambiaron de dueño; igual que un odre de vino, que pasó de manos de quién había apostado que se sentaría en el reclinatorio reservado a la viuda a manos de quién había dicho que no, porque la Morala se quedó de pie en el pasillo.

Un quejido de bisagra vieja anunció la llegada de Adela. Venía vestida de luto, con un velo tapándole la cara. Venía sola. En realidad, siempre estaba sola menos cuando estaba con don Bruno. Tomó agua bendita y se santiguó pidiendo fuerzas para ganar el reclinatorio. Y fue al empezar el pasillo que la llevaba al altar, el pasillo de murmullos y miradas que se le antojó el más largo del mundo, cuando supo que la Morala estaba allí. Aunque su intención fue caminar rápido al golpe de los latidos de su corazón no había llegado a la mitad de la iglesia cuando se detuvo y giró su cuerpo menudo.

Era el momento que todos esperaban. Adela, la mujer reconocida por Dios y la Morala, la querida reconocida por el pueblo, frente a frente, mirándose a la cara. Por fin se iba a hacer justicia. Bastaba que una de ellas sintiera vergüenza, levantara la voz o dijera lo algo de la otra, para pagar el daño que don Bruno les había hecho. En la iglesia no había sitio para las dos. Una tenía que marcharse.

Y fue entonces, justo entonces, en el último toque a los difuntos, al salir el cura de la sacristía vestido con su casulla de oficio de réquiem, cuando Adela supo que tenía que hacer algo. Se levantó el velo de la cara, liberó la mano del rosario y se la tendió a la Morala.

- ¿Me acompañas?

La Morala la miró con los ojos más tristes del mundo.

- ¿Me acompañas? – repitió Adela con voz ahogada en pena-..., Me gustaría que te sentaras a mi lado..., ¿Quieres?..., Si no lo haces por mí, hazlo por la memoria del hombre que nos amó..., Porque nos amó a las dos..., Y mucho..., No le des gusto a los que están aquí que ya sabes a lo que vienen..., ¡Qué no nos ganen!..., ¡Qué no nos oigan decir una palabra más alta que otra!..., ¡Que no nos vean ni una mala

mirada!..., Sólo tú y yo sabemos cuánto hemos perdido y que ése hombre era para nosotras el mejor del mundo..., Lo que diga el resto no nos importa..., ¿Me acompañas, Mercedes Morales?...

Dicho esto, Adela y la Morala se cogieron del brazo, apoyaron una cabeza contra otra y caminaron arrastrando su lástima hasta el reclinatorio. Y dicho esto, la gente se fue marchando de la iglesia porque el funeral de don Bruno ya no iba a dar tanto de qué hablar.

FIN.